

Faint, illegible text on the left page, likely bleed-through from the reverse side.

El nombre de don Santiago Guerra, as-  
trotado de la...  
el día 2 de mayo de 1913...  
la...  
el día 2 de mayo de 1913...

### EL LABERINTO

El nombre de don Santiago Guerra, as-  
trotado de la...  
el día 2 de mayo de 1913...  
la...  
el día 2 de mayo de 1913...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1003-1625 MONTERREY, MEXICO

Faint text at the bottom of the right page, possibly a signature or date.

El cerebro de don Santiago Guevara, ex-Subsecretario de Instrucción Pública, pesaba el día 4 de Julio de 1913, ciento noventa y siete gramos y quince centigramos; el día 18 del mismo mes, ciento noventa y siete gramos y noventa y cuatro centigramos, y el día 4 del mes siguiente, fecha en que comienza esta narración, ciento noventa y nueve gramos justos. Don Manuel Ruiz, mal llamado *El Huesos*, al aplicarle el aparato á la vez rudimentario y misterioso con que determinaba estos datos, quedóse un instante perplejo, oprimió en vano un tornillo, trató de comprimir la cabeza de don Santiago para ver si estaba en ella el error y, al fin, dijo convencido de la exactitud de sus cálculos:

—Nada, no hay que darle vueltas: tres gramos más que el mes pasado. Ha llegado usted al máximum de su desarrollo mental. Le felicito.

—¿Cree usted? ¿No se tratará de una equivocación?



—Eso he pensado yo también. Francamente, á simple vista no me ha parecido usted más inteligente que todos los días; pero no puede haber error. Recuerde que es la misma cantidad de masa encefálica de Ampére.

—En ese caso...

A pesar de la sonrisa irónica que surgió entre sus labios, don Santiago se llevó las manos á la cabeza para palparla recelosamente, lo mismo que se palpa un melón de cuya calidad se duda. Se oyó el ruido de una puerta al abrirse y pasos que se aproximaban.

—Guarde usted ese chisme de prisa: ya sabe que don Emilio no cree en el talentómetro. Además, le ruego que no olvide nuestro convenio: si usted no me secunda, buscaré otra persona. Ya ve que no sólo cumplo lo ofrecido, sino que hasta me presto á servirle para que pruebe en mi cabeza esas chifladuras.

—Hombre, me parece que yo... Francamente...

—Nada, se va usted de la lengua y si don Emilio llega á sospechar de su sinceridad de medium...

Don Manuel, mal llamado *El Huesos*, á causa de su figura terriblemente descarnada, guardó con precipitación el aparato en un bolsillo, y con gran humildad susurró:

—¿Puede usted darme ahora las cinco pesetas? Luego es difícil.

Don Santiago iba á dárselas cuando don Emilio entró; era casi tan delgado como *El Huesos*, pero su indumentaria era más descuidada, á pesar de no ser la de aquél la de un Brumell. Don Emilio saludó ceremoniosamente: una reverencia para don Manuel y dos para don Santiago. Mediaba la tarde; sombras pesadas comenzaban á expulsar poco á poco la escasa luz que entraba por una lucerna abierta en el techo. El techo, paralelo á la vertiente del tejado, formaba un ángulo que sugería la idea de un ataúd; una mancha negra de contornos irregulares indicaba el lugar habitual del quinqué. Sin marco, sujeta á la pared por cuatro alfileres, una oleografía de Sir William Crookes se destacaba violentamente del blanco de la cal. En un estante destacábanse entre varios números polvorientos de una revista de Boston, varios folletos de Russel Wallace, de Oxon, de León Denis y de Schuré y una obra en varios tomos sobre el espiritismo y el fakirismo occidental. La estancia, aunque pequeña, estaba dividida en dos: el lugar donde estaban los visitantes y otro espacio más chico, velado por negros cortinones que bajaban desde el plafón hasta tocar los ladrillos desunidos del suelo. Don Emilio se dirigió á sus amigos en voz baja, velada y misteriosa:



—Hola, señores... ¿Ha encontrado usted la lente, don Santiago?

—Ha habido que encargarla; la tendremos aquí el lunes próximo.

—Y usted, don Manuel, haga el Todopoderoso que se halle en forma para ese día. Es preciso tener pruebas irrefutables de la materialización. El movimiento de las mesas, las sensaciones táctiles y auditivas, pueden dimanar de sugerencias y hasta fingirse; pero si un espíritu logra impresionar una placa fotográfica...

Junto á don Manuel y á don Emilio, la obesa complexión de don Santiago con su cuello muy corto hundido en las pieles del gabán, producía un extraño contraste. En un momento que se acercó á descorrer los cortinajes, el brillante de uno de sus anillos fulgió sobre la negrura de la tela semejante á una estrella sola en el cielo oscuro. *El Huesos* lo contemplaba de soslayo, con admiración, é involuntariamente un ruidito constante y lejano salía de su garganta de viejo ventrílocuo. Detrás de las cortinas, suelo, muros y techo estaban tapizados de negro, y allí, atraídos por el flúido misterioso de *El Huesos*, habían de recobrar los espíritus algo de las apariencias materiales que tuvieron un día sobre la tierra.

Cogiendo de sobre el velador de tres pies

un libro, don Emilio se lo ofreció á don Santiago:

—Lea usted. Son las predicciones del Evangelio desentrañadas por nuestro Denizart Revail. Ahora voy todas las mañanas á la Biblioteca y pronto podré probar que Revail no inventó, sino continuó lo que ya Aristóteles, Pitágoras, Platón, Lucano, Floro y Orígenes entre otros muchos...

—Sí, sí, claro.

Don Santiago se había quedado serio, distraído sin duda por un pensamiento pertinaz; y de súbito preguntó á don Emilio:

—¿Es verdad que la chica está decidida á cometer esa locura? Hay que evitarlo. Debe usted poner en juego toda su autoridad de padre.

El golpe que descargó sobre el velador, más que sus palabras, atrajo la distante atención de don Emilio.

—¿Decía usted?... No tiene importancia.

—¿Cómo que no tiene importancia?

—¡Bah!

Poniéndole las dos manos sobre los hombros, encogidos en un ademán de indiferencia, don Santiago insistió con vivacidad:

—No debe usted dejarla; no debe usted.

Don Emilio puso entonces en él aquella mirada mate que sólo parecía considerar las cosas ausentes ó interiores; su barba, recogida



un momento por una caricia de la diestra, volvió á dispersarse sobre el pecho, y

—Quién sabe lo que Luisa haya sido en otras encarnaciones—le dijo—; hoy es mi hija, tengo autoridad sobre ella; pero usted, que sabe lo que sabe, ¿puede aconsejarme ir contra las normas del destino? Nada en esta vida es casual... y esto no es lo mismo que el fatalismo. Luisa hará lo que quiera... es decir, lo que la dejen "ellos". Sus espíritus protectores la guían; de su periespíritu se escapan fuerzas que yo no puedo contrarrestar; y si ha de dedicarse al teatro, es porque su esencia, purificada ya por muchas transmigraciones, lo quiere así.

Don Santiago iba á insistir aún, pero *El Huesos* le tiró del abrigo para aconsejarle prudencia. Aún hablaron unos minutos más; la conversación no lograba seguir el cauce fácil del interés y se cortaba, se bifurcaba entorpecida por preocupaciones inoportunas. Se despidieron al fin. Antes de salir, don Santiago, so pretexto de los gastos de la instalación de las cortinas negras, sacó de su cartera un billete de Banco y quiso entregárselo á don Emilio; y como éste se negara á aceptarlo, lo dejó sobre el velador. Ya era de noche. Desde la puerta de la buhardilla don Emilio alumbró con el quinqué los primeros tramos de la escalera.

—Hasta el lunes, pues.

—Hasta el lunes.

Bajaron á grandes trancos; en el rellano del piso principal se detuvieron, y don Santiago tendió á su acólito una moneda de cinco pesetas. Cuando ya la moneda había tocado el fondo del bolsillo, *El Huesos* se atrevió á decir:

—Francamente, el talentómetro debe de haberse equivocado; si no le llego á tirar del abrigo, mete usted la pata... Créa que el viejo lo iba á notar todo.

Para no soportar la justa reconvención, don Santiago, ejercitando sus artimañas de político ducho, cambió de tema é inició un ataque:

—En la puerta nos separamos: ya sabe usted que no quiero que nos vean juntos. Si por casualidad me encuentra en la calle, hace como si no me conociera; ya le mandaré instrucciones por correo.

—Bien.

Siguieron bajando. La portera, que subía á encender las luces, se empotró contra la pared para dejarles paso y se santiguó dos veces al verlos salir.



## II

Luisa tenía veintidós años. Á veces, cuando la tarea del bordado no corría mucha prisa y le consentía poner un intervalo de una á otra puntada y llenar esos intervalos de recuerdos, recordaba confusamente una casa familiar, no sabía en qué sitio; recordaba el aparador, las bandejas de plata, de donde el sol arrancaba manchas luminosas que iban á caer temblando sobre las paredes; recordaba una vitrina con miniaturas, armarios llenos de ropa blanca que, al abrirse exhalaban fragancias de membrillo; y recordaba, sobre todo, una figura de facciones borrosas, pero de ademanes inconfundibles: los ademanes maternos que hacía mucho tiempo, en un lugar desconocido, habían dirigido y mimado sus primeros pasos por el mundo.

De tiempo en tiempo su padre se mezclaba también con las figuras de la evocación, mas era un don Emilio mucho más joven, con la mirada menos vaga, con la barba muy crespa recortada en punta, y con las facciones, ahora

angulosas, envueltas en las carnes del bienestar. Eran siempre remembranzas dispersas, ya amortiguadas, ya precisas en su integridad de hechos ó de sensaciones parciales, y Luisa sentía la impresión de que el nexo que les faltaba iba á surgir de súbito del fondo de su cerebro para unir las y revelar ordenadamente todo su pasado. Entonces le parecía que una gran dicha estaba próxima; hacía un esfuerzo para recordar, un esfuerzo tan violento, que la obligaba á inclinarse hacia delante; pero las ideas tocaban no más que el dintel de la conciencia, parecía que iban á trasponerlo... y de pronto, acaso temerosas, volvían á desvanecerse en lo oscuro del olvido. Así había ocurrido muchas veces; á cada decepción Luisa suspiraba, dejando desmayar sobre la cintura el busto que había erguido el anhelo, y con un doloroso ademán de fracaso reanudaba las puntadas sobre el bastidor; aquellas puntadas monótonas é interminables, como su vida...

Y era inútil acometer cien veces la prueba; las cien veces el mismo vacío, extendiase tras de los quince ó diez y seis años recordados. Al igual que en su imaginación, en la estancia donde los reflejos del sol ponían pinceladas luminosas, la puerta entreabríase cual si la figura borrada y querida de la madre fuera á entrar... y, después de una espera henchida



de angustia, volvía á quedar desierta. No, no le era posible reconstituir su infancia.

En los días mejores, cuando los horizontes de su memoria eran menos brumosos, se veía siendo casi una niña junto á su padre, también arrebatado como ella á una vida ignorada pero mejor; y luego, al remontar hacia el presente el curso de su existencia, era un desfile de sotabancos, de buhardillas, de sórdidos zaquizamies, en ciudades distintas; trocando siempre por unas pocas monedas la labor de sus manos... Y miraba entonces con melancolía el bastidor que aguardaba sobre su falda, con esa mansedumbre irónica de los objetos imprescindibles. Era un bastidor chico, en el cual, muy tersa, había siempre una tela fina; parecía como un juguete y era un yugo. Dijérase que su vida había comenzado sobre aquel bastidor de bordadora, acicalando iniciales, festones y grecas que excitaban insuficientemente los recuerdos jamás concretados. Bordar, bordar, bordar: he aquí su vida. ¿Cuántos estantes, cuántas tiendas, cuántos almacenes podrían llenarse con lo que he bordado? —se preguntaba con cándida hipérbole; y para mortificarse más, imaginaba inmensos rimeros de ropa y se veía á ella misma, minúscula, microscópica, como una mosca junto á una montaña de nieve, perdida bajo tanta altura.

Don Emilio apenas si parecía darse cuenta del milagro, cada día renovado, de sortear las miserias sin perecer. Despreocupado de todo cuanto no fuera su ideal, vivía con sobriedad máxima, cual si en fuerza de frecuentar espíritus y seres de otros mundos, la materia hubiera renunciado en él á casi todas sus exigencias. Una vez Luisa quiso saber por él la verdad, y la respuesta vaga y dolorosa que obtuvo le hizo comprender que no debía volver á pronunciar aquella interrogación, siempre abierta en su mente. ¿De dónde eran? ¿Cómo se llamaba su madre? ¿En qué tempestad había naufragado aquella holgura tranquila y burguesa que ella tan neblinosamente recordaba? Estaba segura de que ninguno de los amigos de don Emilio lo conocía á fondo; en cada población era la misma gente de ademanes vagorosos; los mismos convencidos de la posibilidad de prolongar las relaciones humanas después de la muerte; pobres, por lo común, que prestaban á todo cuanto no fuera el espiritismo una atención perezosa, y que aparecían y desaparecían sin dejar rastro ni casi recuerdo material, como otros fantasmas... Y cuando la maravillosa flor de la esperanza abriase en su espíritu, en esas mañanas en que, sin saber por qué, se levantaba saturada de júbilo, pensaba Luisa que algún día, como si le restituyeran un tesoro largo tiempo usur-



pado, alguien vendría á restituírle todos los recuerdos de su niñez.

Sabía que no contaba con familiares directos á quien dirigirse, y aquel continuo peregrinar dificultaba más cualquier pesquisa. Por otra parte, sentía miedo de atraer hacia su padre la atención: sin confesárselo nunca, presintió desde niña que don Emilio no era un hombre normal; acaso, si mi deseo de saber no hubiera sido siempre discreto, mudo—pensaba—hubiese atraído curiosidades hostiles hacia la monomanía del anciano; y tenía miedo de que se lo arrancaran para llevarlo á un sanatorio, á un manicomio ó sabe Dios á dónde. Él no hacía mal á nadie: era paciente, dócil, apenas si se le sentía vivir, pero..., ¡qué sabía ella! El temor de verse abandonada á los peligros esbozados tantas veces en forma de miradas, de insinuaciones, de crudas palabras dichas al oído en sus salidas á buscar ó á entregar labor, era más fuerte que su ansia de conocer su histórica vida. Prefería la ternura vaga del viejo, el constante terror de oírle decir que su madre muerta vivía con ellos y compartía su mesa y tomaba puesto junto al brasero en las veladas invernales; prefería, á verse sola en el mundo, las noches pavorosas de insomnio en que escuchaba á su padre hablar con acentos suaves ó airados, respondiendo á voces que no se oían, preguntando á

la muerta cosas que quedaban sin responder, en la sombra, y que él contestaba en su corazón... *La Muerta*: este era el triste nombre con que Luisa conoció desde niña á su madre. Ni un retrato, ni un nombre dicho en un instante de lucidez... La muerta; siempre aquella compañera invisible evocada por el viejo con tal intensidad, que los nervios de la muchacha, distendidos, experimentaban una sensación de "presencia", á la que quitaba el miedo toda dulzura maternal. En ocasiones, sin que nada material las motivase, veía en los ojos del anciano cuajarse dos lágrimas, le interrogaba, y él, pasando su diestra por la cara contraída de ansiedad, guardaba silencio; nuevas lágrimas sucedían y Luisa lloraba también aquella pena ignota; lloraba, lloraba esas lágrimas que dejan huellas en la piel y en el alma, igual que si sufriese el dolor de una herida cerrada en apariencia, sin recordar el arma y la mano que la habían inferido.

Un temor de todo la había hecho insociable. En las tiendas para donde bordaba, hablaba poco; al principio otras muchachas dicharacheras ó ligeras eran preferidas, y entonces era preciso recurrir á los viajes á las casas de préstamos, á las privaciones... pero lentamente aquellas preferencias se iban trocando, y los bordados más finos, los más productivos, los más fatigosos también, tenían que es-



perar á que Luisa terminase otros ya encargados. Era trabajo seguro para un mes, para dos. ¡Sesenta días más ganados á la enemiga miserial Y volvía á su casa gozosa, impelida por una ráfaga de optimismo; eran aquellos los días de horizontes diáfanos y perspectivas rosadas; y al llegar á su buhardilla y contemplar el bastidor donde se agostaba su juventud, Luisa no sabía si mirarlo con gratitud ó con rencor.

Los muchos libros leídos daban á sus anhelos de un cambio venturoso, ese ritmo de verosimilitud que tienen los sofismas; y su vida interior, tan falta de hechos como rica de suposiciones, explanaba contingencias, posibilidades, esperanzas... No esperaba la llegada del caballero que había de redimirla de la adversidad, pero sí oía gustosa una voz secreta prometerle: "No desmayes, Luisa; tus veintidós años no deben poner, como hace tu padre, única atención en lo que ya fué; cree en la vida, mira hacia adelante, no te sientes en los linderos del camino, espera días floridos y pródigos, que ellos vendrán... Esperar firmemente es forzar un poco el futuro." Al oír la voz de su fantasía, Luisa olvidaba el desamparo, las zozobras, los efimeros amigos de su padre, ya claudicantes, ya burlones, ya inquietadores como aquel don Santiago que la miraba turbiamente, á hurtadillas; se olvidaba

de sus sinsabores y el alentar precipitado de su seno, el brillo de sus ojos, toda aquella fuerza de ilusión animando su juventud, la hubieran hecho parecer casi bonita á quien la hubiera visto... Sólo que nadie la podía ver, porque cualquier persona extraña era obstáculo entre ella y sus ensueños. Para todos, acaso también para su mismo padre, Luisa era esa muchacha pálida, delgada, ojerosa, á quien torturan por igual el gusano de la reflexión y la norma dura del trabajo.

Y aquella anhelada posibilidad de redención de la miseria vino al fin, y vino, según complacencia frecuente del destino, por senderos inesperados, casi milagrosos. En todas las casas adquirirían, al poco tiempo de habitarlas, fama de brujos que los comunicaba de los vecinos; jamás existieron entre ellos y los demás, relaciones amistosas; pero en aquella casa, adonde habían ido á vivir hacia muy poco, antes de que la fama hubiera salido del alambique de chismes de la portería, se casó una muchacha hija de los vecinos del piso principal, y Luisa bordó melancólicamente las ropas íntimas de la novia. Eran artesanos enriquecidos, de esos que en días solemnes olvidan las categorías y gustan exhibir su alegría y su lujo, é invitaron á la bordadora. Un poco turbada por los licores y la luz, Luisa asistió á la boda. Acaso la dueña de la



casa, una mujer obesa con cara de pájaro, se mostraba intranquila al ver la rapidez con que desaparecían de sobre las mesas las viandas y los licores, acaso el novio estuviera un poco impaciente, mas, sin embargo, la fiesta se prolongó hasta muy tarde. En un rosario monótono las amigas de la desposada lucieron dudosas habilidades. Incansable, un muchacho de pelo rizado iba llevando junto al piano ó al centro de la sala á señoritas que primero se resistían y después querían repetir. Como descubriera á Luisa en un rincón le instó:

—Usted no se puede escapar. ¿No sabe usted tocar el piano? Entonces recite. Usted tiene cara de saber algún verso de memoria.

Y lo sabía. ¿Cómo no? El dolor siempre ha buscado la noble consolación del arte que lo aumenta deliciosamente ó lo adormece. Luisa sabía no uno, como dijo el hortera, sino muchos de esos versos en que hermanos gemelos desconocidos han llorado nuestro dolor con los sollozos y las frases que hubiéramos querido nosotros encontrar. De pie en el centro de la sala, vestida de negro, con los ojos cerrados para no tener miedo, comenzó á recitar, y poco á poco los murmullos fueron cesando. Evocábase en la poesía un cuadro de dolor y de pobreza. La voz de Luisa era grave, temblorosa; sin el movimiento de los labios, su rostro hubiera parecido el de una estatua.

La emoción desbordándose en su alma, se comunicó lentamente á aquellas almas híbridas y oscuras, y algo del ambiente frío de su buhardilla, algo de su miseria y de sus dolores, pasó un momento por la sala llena de luz y de alegrías nupciales. Recitaba con ese tono férvido que saliendo del corazón va derecho á los corazones, y lágrimas furtivas asomaban á muchos ojos al finalizar la poesía. Después de un silencio, al que sucedieron muchos aplausos, un viejecito se acercó á ella para felicitarla.

—Es un pecado que usted no se dedique á la escena, señorita. Ganaría usted millones.

Luisa sonrió sorprendida y al estrechar la mano del viejecito la retuvo entre la suya largo tiempo. Si tenía razón aquel viejecito tan simpático: sería actriz, dejaría el bastidor maldito... Aún oprimía la mano, ya casi infantil del anciano y ya estaba decidida á seguir el consejo... Sin duda el pobre señor no sabrá nunca que aquel apretón de manos un poco convulso, quería decirle: "Muchas gracias, señor; muchas gracias. ¿Ve usted? Usted creía venir á presenciar solamente el hecho consumado de una boda y ha venido á determinar un destino: con esa sola frase que acaba de decirme ha abierto la puerta de mi porvenir que estuvo hasta hoy cerrada, á pesar de mis llamamientos. Quiero ganar en la escena



esos millones que usted dice, y no por mí, créame, sino por mi padre... Muchas gracias, señor; muchas gracias. Estoy contenta, contenta, contenta... ¡Siento campanillas en el corazón!"

### III

Cuando el criado le entregó, encima de una bandeja de plata, la esquila sin sobre, don Santiago tuvo un presentimiento, y para disimular su turbación quiso, antes de desplegarla, añadir al trabajo empezado unos renglones, que resultaron temblorosos; después leyó: "Tengo que hablarle con urgencia", y ordenó brevemente:

—Pase usted á ese caballero.

Poco después, por la puerta, que había quedado entornada, entró sin tener necesidad de abrirla del todo para pasar, un hombre: era *El Huesos*. Don Santiago lo recibió de pie.

—¿Por qué ha venido usted aquí? ¿Quién le ha enterado de mis señas? ¿Es que quiere obligarme á prescindir de sus servicios?

—Francamente, si yo...

—Si se obstina en comprometerme y abusa de la situación, le advierto que tengo medios de concluir de una vez. ¡Yo no tolero imposiciones!

La cara de don Santiago se había conges-



tionado de pronto, y las palabras, dichas en tono bajo y seco, salían entrecortadas de su boca, como si los dientes las mordieran antes de salir. Un gesto consternado de *El Huesos* demostró que, al menos por el momento, no pensaba imponerse. "Él era el primero en lamentar que su aflictiva situación le impidiese tener tarjetas, obligándole á escribir su nombre en un papel, pero... La vida era difícil y rara vez tropieza un inventor con un Mecenas; además, francamente... Traía noticias trascendentales, de esas que no admiten demora y por eso había osado; de otro modo..." En cuanto á explicar cómo había descubierto la verdadera identidad de don Santiago,—quien hasta entonces habíale ocultado su apellido y su condición,—*El Huesos* prefirió, para no embrollarse, omitirlo y emplear todo su alud de lugares comunes y gramática parda en hacer resaltar la importancia de la noticia. La noticia era nada menos que ésta: "Felipe Blanco, el actor de *El Dorado*, había puesto cerco á Luisa y le servía de celestina un cómico viejo de apellido Moral. Claro que la muchacha no era de esas á quienes se pueden declarar fácilmente ciertas pretensiones. ¡Cuando él, don Santiago, no le había dicho aún!... La noticia la había recibido del mismo jefe de la *claque* que era amigo suyo; y él se permitía aconsejar á don Santiago, sabiendo su interés, para que

no fueran á jugarle una mala pasada. El caso merecía la pena; Felipe Blanco era primer actor, tenía aureola de tenorio, le llamaban Felipe el Hermoso y había sido amante de la Romerales, cuando la Romerales estaba con el duque de Sacra Encina; y por si eso era poco, podía interesarse cerca de la empresa en favor de la chica, hacer que fuese mejorada, ayudarla á subir, y entonces..." La opinión de *El Huesos* era que se debía hacer salir á la muchacha del teatro cuanto antes y al efecto traía dos soluciones, á saber: Usar la misma influencia que se empleó para conseguirle un duro de sueldo, en que la despidieran, ó bien —y esto quizás fuese mejor—jugarse el todo por el todo y hacer que en la próxima sesión de espiritismo el alma de la madre de Luisa manifestase el deseo expreso de verla abandonar la escena.

Don Santiago seguía ceñudo. Mientras *El Huesos* hilvanaba pretextos é hinchaba noticias, pensaba él, sin dejar de oírlo, en los riesgos de tolerar aquel cómplice que, de pronto, abandonaba el papel pasivo de criado y limosnero para acortar audazmente distancias y hacer sentir la conveniencia de mantener su discreción. Lo había conocido merced á un discípulo de esos que, habiéndose quedado á la zaga en la carrera de la vida, se asen á los faldones de quienes medran, y son sus laca-



vos, sus testafierros y sus bufones. Ese condiscípulo, aun cuando apenas le había hablado en la Universidad, lo tuteaba ahora, y al oírlo parecía que don Santiago se había criado á sus pechos. En cuanto supo la pasión de "su querido Santiago" encontró el medio de allanarlo todo. "Yo tengo el hombre para eso, chico—le dijo.—Tú no puedes hacerle la corte á esa muchacha en la calle, como un estudiante; sería comprometerte. Don Manuel, á quien llaman *El Huesos*, te lo prevengo, es nuestro hombre. En quince días se finge medium, se hace amigo del viejo espiritista y luego te presenta á ti; y una vez tú dentro de la casa, pan comido... Por supuesto, que ni el mismo don Manuel tiene necesidad de saber quién eres. Así como así él es también un poco loco. Yo lo conocí hace muchos años, en una ocasión..."

Don Santiago no sintió la necesidad de enterarse de cómo había trabado relaciones su condiscípulo con tipo tan extraño y útil, y cegado por sus deseos aceptó la complicidad. En los primeros días *El Huesos* supo mostrarse el hombre ideal; sus conocimientos vastos y superficiales, sus varias aptitudes de ventrílocuo, de inventor y de prestidigitador, su figura espiritada, su mucha miseria y sus pocos escrúpulos, le daban la medida del cargo. Durante algún tiempo todo había ido muy bien, relativamente bien de tenerse en cuen-

ta la cara siempre fosca de Luisa, y ahora, en un golpe de desvergüenza, el pillo desmascarabá sus propósitos. Sin duda se trataba de un *chantage*; tal vez proyectase llevar la ponzoña de la delación hasta el "sagrado seno de la familia..." Era, pues, necesario, no sólo parar el golpe, sino dejarlo desarmado para el futuro; y al pensar en esto, los ojos de don Santiago lucían coléricos como dos llamas.

Con la rapidez de comprensión de los truhanes, *El Huesos* advirtió que había errado el golpe. Sentado levemente sobre el borde del hondo sillón forrado de gutapercha, iba evaluando las riquezas del suntuoso despacho y, sólo de soslayo, miraba el rostro sombrío y las piernas agitadas por nervioso temblor de don Santiago, esforzándose por precisar si en el disgusto del prócer ponían más acíbar sus noticias ó su presencia. La fábula de la lechera había tenido una nueva repetición. ¡Adiós mil pesetas sacadas con argucia, multiplicadas con talento y con suertel! Podía ahorrarse la historia del mecánico dispuesto á construir diez talentómetros con sus tornillos micrométricos y sus escalas de reducción, por la módica suma de tres mil reales. ¡Tantas veces había ido el cántaro á la fuente!... Un silencio hostil los separaba. Era preciso echar mano de la vieja dignidad, oxidada por falta de uso, de



sus días de hombre íntegro, para salir sin mengua decisiva de aquel descalabro; si el gesto de don Manuel no hacía olvidar la triquiñuela abortada de *El Huesos*, todo se habría perdido, incluso el honor. Rápidamente urdió una disculpa en la que su hidalguía, su fidelidad y su agradecimiento resaltaban como tres cimas espirituales, y fué á empezarla por su palabra favorita:

—Francamente...

Pero don Santiago sofrenó su elocuencia.

—No me diga nada más. Está bien. Aprecio su buena intención. Créame, yo tengo en este asunto mucho menos interés del que usted supone. Esa muchacha puede hacer lo que le venga en gana; peor para ella... En fin, para concretar: el jueves, día de sesión, me esperará usted como de costumbre en el Café Mercantil, y entre tanto, pase lo que pase, aunque se hunda el teatro, se hunda la casa y los condenados espíritus confundan á don Emilio y á su hija, no vuelve usted á poner los pies aquí. ¿Está entendido?

Estaba entendido; si alguna buena cualidad tenía *El Huesos* era la de entender bien y de prisa. La diestra de don Santiago se tendió sobre la mesa cubierta de papeles, y un timbre tremoló á lo lejos. Acudió el criado, y *El Huesos*, sin desprenderse de la ineficaz dignidad de don Manuel, hizo una reverencia gro-

tesca antes de salir; en la antesala se cruzó con una señora bigotuda de muy mal talante y con dos señoritas que entraban. Don Manuel aconsejó aún á *El Huesos*, siempre obediente, varias inclinaciones más. Debe ser la familia de don Santiago, pensó. É inmediatamente su gesto entristecido trocóse en una sonrisa que fué á embotarse en el lacio bigote. Ahora comprendía el miedo de don Santiago, sus furtivas miradas hacia la puerta... ¡Las mil pesetas no estaban perdidas del todo! La caja de caudales que había observado formidable y hermética en uno de los rincones del despacho, aclararía para él el jeroglífico de sus cuatro resortes de cobre y abriendo su pesada puerta le dejaría sustraer una partícula de su tesoro... ¡Bien hayan las mujeres enérgicas que saben inculcar en sus maridos un terror saludable!... Todo esto y cien cosas más doradas y verdes, como la esperanza y el oro, decía la sonrisa de *El Huesos* al ir á embotarse en su bigote lacio. Mil pesetas, mil pesetas, ¿y por qué conformarse con mil pesetas? El sitiador había visto en la muralla del castillo punto propicio hacia donde dirigir su catapultas para abrir brecha.

Don Santiago se quedó solo. Los escribientes se transmitieron en seguida la noticia de que vientos huracanados soplaban, y ninguno traspuso la puerta del despacho. Fué estéril

33469



su intento de sonreír á sus hijas y á su mujer; ésta conoció su disgusto y lo achacó á la "maldita política", vivero de contrariedades, de quebraderos de cabeza y... de influencias. Empotrado en su sillón, con los brazos cruzados sobre la mesa y el pestorejo, á pesar de estar la cabeza inclinada hacia adelante, caído como un seno sobre el cuello de la camisa, don Santiago estaba imponente. Si *El Huesos* en lugar de lanzarse á la calle á reconstituir otra vez la fábula de la lechera, se hubiese quedado espiándolo por el hueco de la cerradura, habría podido por sus gestos saber en qué pensaba. Primero fué una arruga vertical en la frente y las manos se cerraron hasta crisparse: pensaba en la visita, en la audacia de su cómplice, en el peligro; después fueron varios vaivenes de cabeza, dos chasqueos de lengua, ensombrecimiento de la fisonomía: pensaba en Felipe Blanco; á seguida un pavor pueril retratóse en su rostro mientras uno de los brazos se alzó para esquivar un golpe imaginario: pensaba en la señora bigotuda de mal talante; luego sonrió con benevolencia, con algo de conmiseración, con algo de desprecio: pensaba en don Emilio; y al fin, sus labios se contrajeron, como si engordasen, las manos abiertas y convulsas removieron torpemente los papeles, y algo ardiente y húmedo pasó por sus ojos... En este pensamiento se sinteti-

zaban y anulaban todos los demás: apenas la imagen de Luisa aparecía, peligro, ira, miedo, piedad, eran absorbidos por la tromba del deseo. Era algo fatal, inexorable; en vano había pretendido acallararlo, hacer derivar hacia otras mujeres aquella imperativa pasión de la carne que llegaba á torcer su vida. En amor no hay valores intrínsecos: á don Santiago se le antojaban imperfectas cuantas mujeres no tenían el aspecto enfermizo de Luisa; su mirada humilde y siempre fugitiva, su porte recatado, lo incitaban con más vehemencia que cuantos ardides hubiera podido emplear para cautivarlo una mujer á la vez bella, experta y enamorada. Desde que la conoció en la tienda de bordados, por azar, sus sufrimientos y sus malos pasos se iban encadenando inexorablemente.

Al principio creyó no tener celos. En cuanto se convenció de la imposibilidad de lograr que don Emilio disuadiese á Luisa, las ventajas de tenerla en el teatro se le hicieron visibles: "Acaso una vida menos enclaustrada, otros ejemplos, otras ambiciones..." Sentía rubor de sus procedimientos, y para poder ser menos riguroso al juzgarse, se decía: "Puesto que iba á dedicarse de todas maneras, y en el teatro ya se sabe en lo que para una mujer pobre, yo no cometo un crimen sacándola de la noria vulgar del bordado en

33469

UNIVERSIDAD DEL NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



las mejores condiciones posibles; á lo sumo, lo que hago es sustituir mi persona á otra que, seguramente, había de llegar. Es ella la que ha decidido su suerte." Pero en el subsuelo de su pensamiento se larvaban estas ideas de previsión cobarde: "Así nadie me podrá imputar haber mancillado una vida honesta; si esta situación había de prolongarse, si no había yo de conseguir nada, más vale que se dedique á la escena, que sea antes de otro, y después..."

Mas ahora los celos venían á burlarse de sus previsiones; sufría con toda el alma, con todos los nervios exacerbados por la idea de su vejez, y ese dolor casi castigaba sus culpas. Era el tormento de Otelo agravado por la tragedia del apetito sobreviviendo al vigor; pasión senil, consciente de su impotencia para convertir en llama esplendorosa y mutua lo que sólo es ígnea carcoma que va destruyendo paso á paso el ser. ¡Oh, si siquiera tuviese unos años menos, aunque no fueran más que quince! Atraída por esta idea surgía en su pensamiento la figura de Felipe Blanco, del rival, y sus músculos adquirían, estimulados por la cólera, inesperada tensión; blasfemias extraordinarias entrechocaban en su boca: maldecía á Felipe Blanco, se maldecía á sí mismo por haberlo aplaudido más de una vez, maldecía también á su cómplice, á

aquel esqueleto forrado de piel, de quien jamás logró explicarse si era injerto de pícaro y loco, ni si la malhadada invención del talentómetro era aún otra picardía más.

Sonaron golpecitos tímidos en la puerta. Era un escribiente; aunque se crea exageración, parece ser cierto que hay asuntos en política que no admiten retraso, y teniendo que poner á la firma uno de ellos, los escribientes se habían sorteado para ver á cuál correspondía arrostrar el vendaval. La víctima entró oblicuamente; era un muchachito rubio con un lunar de pelo en la nariz. Sin pronunciar palabra, sin levantar la mirada, extendió sobre la mesa el documento y se echó hacia atrás para ser lo menos visto posible, mientras el "señor" leía y firmaba... Don Santiago se puso á hojear los pliegos; una figurita grácil, vestida de obscuro, danzaba por entre los renglones. Como de costumbre, iba siguiendo las líneas con la pluma, pero de modo maquinal, sin leer. La figurita se duplicó, se multiplicó fabulosamente en innumerables actitudes. ¿Veía bien? Una de las figuritas le tendía los brazos, le ofrecía la boca... No, no había visto bien... De pronto, una *ele* larga y sin perfiles le recordó á *El Huesos*, y, dejando de leer, puso su firma con tal violencia, que el papel se rasgó, y una gota de tinta fué á caer sobre el enredijo de la rúbrica.



## IV

Todas las tardes, á las dos y media, Luisa cruzaba muy de prisa el largo pasillo y entraba en el escenario de *El Dorado*. Hacía sólo un mes que estaba contratada, y la exactitud inútil con que asistía á ensayos en que no tomaba parte alguna decía, claramente que aún las costumbres del teatro no habían influido en ella. Actrices y actores llegaban un cuarto de hora más tarde de lo anunciado en la tablilla; el director de la compañía amenazaba con multas y hasta con expulsiones, jurando por una multitud de antepasados que aquella era la última vez que lo hacían esperar; pero debía querer decir la penúltima, porque, con gran estupor de Luisa, al día siguiente la misma escena volvía á repetirse. Lentamente, á causa de su timidez, Luisa iba arriesgándose á convertir en juicios sus observaciones; además, tenía dudas: La vida del teatro ¿afinaba ó embotaba la sensibilidad? ¿Naufragaba ó no lo mejor del alma de cada actor bajo la yuxtaposición de las almas impuestas por los autores?

El contacto con esa masa adulatora ó cruel llamada *público*, ¿no tendía á convertir en vanidad el estímulo, á fomentar el ansia de complacer á los más ruidosos, desdenando á los discretos que juzgan y callan? ¿Por qué dejaba sedimentos impuros en las almas la ficción cotidiana, en vez de mejorarlas, de ennoblecerlas? Alternativas de optimismo y pesimismo accidentaron aquellos primeros días, en que poco á poco, á costa de múltiples tanteos y titubeos, Luisa fué conociendo el revés del teatro. Á veces temía ser injusta, esperanzarse ó desilusionarse sin causa, y no daba por fija una opinión hasta después de someterla á varias experiencias concordantes. Para las opiniones de orden material era algo más intrépida.

El escenario frío, penumbroso durante los ensayos, con su corro de murmuración y su grupo de actores ensayando en el proscenio, le daba siempre una impresión de lobreguez, de falsedad. Ensayaban ya en torno de la mesa, ante la cual el apuntador leía con voz cortante é indiferente los papeles que iban repitiendo los cómicos, ya—en los ensayos “en forma”—colocándose como en la función y accionando de una manera que, sin las decoraciones, sin los trajes y sin la luz artificial, parecía inadecuada. Cuando estaba interesándose en una escena, el autor ó el direc-



tor daban órdenes de volver á empezar y entonces Luisa perdía el hilo, sintiendo el tedio y el automatismo de las palabras repetidas en el mismo tono y de los ademanes ó los gestos apoyando las mismas palabras. De los confines del escenario llegaba un bisbiseo constante; con frecuencia entraban á pasos sigilosos camareros llevando servicios de un café vecino; alguien, arrastrado por el ímpetu de una discusión de política ó de toros, alzaba la voz, y como si aquello fuera cosa nueva, el director clamaba á grandes gritos que era imposible ensayar allí... Hasta el teatro le parecía otro visto desde el escenario; por las tardes, cuando la poca luz filtrada al través de la cúpula ponía un claror sepulcral en el paraíso y en los palcos segundos, y la sala con sus butacas hundidas extendíase silenciosa tras el espacio vacío de la orquesta. En el escenario, alumbrado por dos reflectores portátiles puestos á ambos lados de la concha, resonaban las toses, las voces cansadas del piano y, sobre todo, los gritos estentóreos del director. Por mucho sol que hiciese fuera, tenía siempre allí la impresión de un día triste, nublado... Pero luego venía la transformación: la luz artificial, el bullicio; aquel pasillo tenebroso por donde Luisa no dejaba de pasar sin sobresalto, iluminábase de noche y aparecía á la vez deco-

rado y entorpecido por hombres elegantes que iban á los cuartos de Felipe Blanco, de la Luque y de la Romerales. En esos cuartos de los dioses mayores había lujo, un lujo algo provisional, pero lujo al fin; los cuartos de los pisos superiores iban siendo menos confortables á medida que se alejaban del primer piso. El cuarto de Luisa estaba en el último, y era común de otras dos partiquinas. Sólo había en él un espejo, tres estantes hechos con tablas y cordeles, un diván y un palanganero de hierro en un rincón. De las paredes, agrietadas por la humedad, pendían, colgadas en clavos, las ropas de todas... Una bombilla empolvada y fatigada alumbraba el cuarto. El techo y los muros estaban cubiertos por el mismo papel de rayas y flores alternadas interminablemente; Luisa recordaba haber tenido en su oscuro pasado un baúl forrado de ese papel y, á veces, al hallarse en el cuarto, le obsesionaba la idea de que aquel baúl había crecido y de que ella se encontraba prisionera dentro... Todo en el teatro le producía una tristeza oculta, inconfesada, que cada sábado, al llegar la nómina, venía á destruir una sorpresa no exenta de temor: le parecía siempre que en vez de pagarle, el representante de la empresa le iba á decir: "Señorita, esto fué una broma... ¿Cómo creía usted que le íbamos á seguir pagando por no hacer nada? Recuerde lo áspero que



es ganar una peseta con la aguja... " Mas el representante, sin decirle nada de eso, le entregaba los siete duros, y entonces todas sus observaciones deprimentes, se adormecían y eran achacadas á la calidad del teatro. Con ingenua dialéctica Luisa buscaba razones contra sí misma: ¡Ya vería ella como en cuanto le dieran ocasión y rompiese el fuego y lograra pasar á un teatro de verso, todo iba á cambiar! Los actores no irían á jugar al mus en las tabernas, no ensayarían con las manos en los bolsillos, no confinarían sus vidas en un círculo vicioso, ordinario y estrecho y procurarían adquirir en el cultivo de los libros y de los hombres nociones múltiples de la vida, para poder encarnarla mejor; serían hombres estudiosos, cultos, enemigos de desplantes y *timos* chulescos; las actrices serían también más finas, menos cizañosas, menos inconformes... Luisa no tardó en descubrir enconos, conspiraciones y odios. Nadie estaba contento con nada. El tenor protestaba de que le hacían cantar los domingos por la tardes para no dejarle ir á los toros; la Luque afirmaba que los ramos recibidos por la Romerales eran siempre los mismos, mientras que la Romerales, no satisfecha con recibir las comentadas flores, aseguraba que la Luque tenía comprado al jefe de la *claque* y que por eso la aplaudían tanto. Ay, ¡si ella hubiera logrado entrar en uno de

esos teatros serios, tradicionalistas, donde los actores se codean con la nobleza y en los cuales, sin duda, sería todo digno, artístico, depurado!... Aquello era dejarse ir por el plano inclinado de las protestas encubiertas, y Luisa, al advertirlo, desechaba toda lamentación; no quería ser inconforme también. Acaso las otras lo eran porque habían tenido dinero siempre, porque no habrían vivido como ella bordando de sol á sol ó de sol á luna... Y recordaba la fatiga de sus ojos y la dificultad de su espina dorsal para erguirse, después de concluidas las tareas sobre el bastidor, sepultado ahora en un rincón, con otros trastos inútiles. Y estos recuerdos la defendían durante algunos días contra desmayos y decepciones.

Todas las noches, antes de comenzar la función, Luisa iba al escenario, y exponiéndose á ser atropellada por los maquinistas que arrastraban brutalmente bastidores ó descolgaban el decorado, acercábase á mirar la sala por el ventanillo del telón. De las localidades altas bajaba un rumor de marea; el público de butacas colocaba en los respaldos sus abrigos; los palcos se iban llenando, y en el fondo de uno de los proscenios veía siempre Luisa la cara apoplética y odiada de don Santiago; al verlo, un rubor súbito subía á sus mejillas: el instinto de mujer hábale hecho adivinar cuán-